

esta honrosa obligación. Debe hacer respetable y amable la virtud á los niños que le rodean, por su propio ejemplo, siempre igual, constante, sereno, benévolo, porque entonces encontrará fácilmente el camino del corazón de los niños y sabrá enseñar la moral mucho mejor que estudiando todos los libros.»

### § V.

#### De los deberes morales.

La disposición y capacidad para la práctica de la virtud, resultado de la cultura y del sentimiento y la conciencia moral, es insuficiente al hombre para su conducta. Necesita además que esta disposición se ejercite en determinados actos, y de consiguiente comprender cuáles son los deberes morales, á fin de cumplirlos exactamente.

La religión nos dice, de acuerdo con la razón, que el hombre está dotado de un alma inmortal; que puede discernir el bien y el mal; que debe practicar la virtud, y que siendo libre recibirá por sus acciones, acaso en este mundo, pero de seguro en el otro, el premio ó el castigo á que sea acreedor. De aquí se derivan todas las reglas de conducta; pero la mayoría de los hombres, y especialmente los niños, necesitan una explicación clara, sencilla en lo posible, para comprender lo que su inteligencia débil y limitada no puede descubrir por sí misma. Dotado el hombre de cuerpo y alma, tiene deberes relativos á cada una de las partes que constituyen su sér; rodeado de sus semejantes y en relación con ellos, tiene deberes para con los padres que le han dado la existencia, para con la familia que le cuida y le protege, para con todos sus semejantes, entre los cuales hay algunos que tienen con él iguales deberes y derechos, otros que le son superiores y le mandan, y los demás que son inferiores y le obedecen; y por último, donde quiera que se halle y cualquiera que sea su posición, estará siempre en presencia de Dios, á cuya divina voluntad debe la vida. Estos diferentes deberes, que dimanar de las diversas posiciones en que se halla el hombre en este mundo, son los que deben enseñarse al niño, fomentando al mismo tiempo los buenos impulsos del corazón, y fortaleciendo la conciencia é ilustrándola.

La enseñanza de estos deberes, en cuyos pormenores no entraremos, porque no es de nuestra incumbencia escribir un tratado de moral, es demasiado grave y trascendental para que se fie el maestro de sus propias fuerzas, exponiéndose á caer en algún error ú omitir alguna parte esencial. Tanto que tenga lugar en lecciones determinadas, como en explicaciones accidentales, según que otras enseñanzas proporcionen ocasiones oportunas, no debe separarse el maestro del texto aprobado al efecto. Sus explicaciones deberán encaminarse á aclarar lo que el libro contenga, y de ninguna manera á extender la enseñanza, porque, extralimitándose, podría incurrir en errores funestos. Sin

perjuicio de consultar para sus explicaciones algún tratado extenso con el requisito indispensable de ser de los aprobados por la autoridad competente, creemos que el libro de esta clase destinado para los niños es tanto mejor cuanto sean en menor número las páginas en que se expongan los deberes del hombre; y por tanto, aconsejariamos á los maestros que, entre los libros que sea lícito elegir, se eligiese para texto el más corto, siendo iguales en cuanto á las demás circunstancias. Aunque la virtud sea conforme al orden, muchas veces nuestras malas inclinaciones se oponen á practicarla, y no conviene por tanto exigir mucho á los niños de una vez imponiéndoles deberes convencionales, obligándolos á hacer esfuerzos extraordinarios, antes de estar penetrados de los absolutos, y dispuestos á cumplirlos religiosamente. Conviene asimismo que no obligue el maestro á sus discípulos á hacer un estudio de memoria árido y desagradable, sino que con motivo de cada uno de los deberes, les refiera historietas y anécdotas morales que representen la virtud con rasgos risueños y agradables, que eleven el alma, pre-disponiéndola á imitarlos. Bastantes libros hay en nuestra lengua, donde podrán encontrar los maestros narraciones adecuadas para sus explicaciones; pero debemos advertir que se necesita mucho cuidado en la elección, y que deben desecharse muchas que se emplean con demasiada frecuencia, de carácter ideal y novelesco; porque el mundo real en que ha de vivir el niño se diferencia esencialmente del que pintan semejantes novelas. Asimismo aconsejamos á los maestros que eviten el error común de representar á los niños, como se hace comúnmente en estas anécdotas, la virtud premiada y el vicio castigado materialmente, con el pretexto de que lo comprendan mejor. Sin negar la conveniencia de hablar al discípulo en su propio lenguaje y de usar hasta procedimientos mecánicos para suplir su capacidad intelectual, pues que los hemos recomendado antes tratándose de la cultura de la inteligencia, no puede menos de reconocerse que tratándose de premios y castigos por buenas ó malas acciones, deben usarse con mucha parsimonia estos medios. Pueden emplearse alguna vez, pero repetidos con frecuencia son muy peligrosos. En primer lugar, los premios y castigos materiales tienen poco de cristiano y de moral, y además pueden contribuir mucho á fomentar el egoísmo que la moral debe debilitar.

Enseñados de este modo los deberes, tiene el niño conciencia de la obligación que le imponen y aptitud é inclinación á conformarse á la ley. Al maestro toca además vigilar su cumplimiento mientras los discípulos estén sujetos á su acción, y á este fin conviene seguir las reglas trazadas por De-Gerando:

«Deben distinguirse, dice, los defectos de las faltas; los defectos son la disposición habitual á cometer muchas faltas; una falta puede cometerse sin que provenga de un defecto: no es posible evitar que cometan los niños muchas faltas; pero es fácil evitar que estas faltas degeneren en defectos: para aquéllas se necesita indulgencia, para éstos severidad.

»Para hacer á los niños virtuosos, es necesario practicar tres



cosas: preservarlos, corregirlos, instruirlos. Deben preservarse de los vicios de que todavía están libres, conservando su preciosa inocencia, que es el más bello privilegio de la niñez y el origen fecundo de ventajas cuya pérdida sería irreparable, y de cualidades que se desarrollarían por sí mismas. Para esto se necesita la vigilancia; poner en torno suyo barreras que los protejan; separar de ellos todo lo que pudiese alterar su ingenuidad y pureza, tanto por las seducciones como por los ejemplos. Afortunadamente para esto, la misma naturaleza proporciona la enseñanza, y no hay más que sostener su obra. Es necesario corregir, ó más bien curar; es decir, destruir los defectos que comenzaran á manifestarse. Para esto se requiere actividad y hacer aplicación del remedio oportuno á los defectos nacientes, que se fortalecerían con el hábito y se extenderían con el tiempo. Deben alejarse las ocasiones que los hubiesen producido, auxiliar al niño en los esfuerzos que hiciese para triunfar de ellos, haciéndole advertencias amistosas en un principio, después más serias, si las primeras fuesen infructuosas, y es seguro que se encontrará dócil á la voz del maestro, si sabe éste hacerse escuchar. Debe instruirse á los niños acerca de sus deberes, porque hay muchos de los cuales no tienen conocimiento, ó por lo menos no se han formado una idea exacta. No basta exponerles los preceptos, sino que es menester despertar la reflexión del discípulo, valiéndose de su experiencia para hacerle comprender la naturaleza y extensión de los deberes; enseñárselos haciéndoselos practicar; y familiarizándolos con este conocimiento, aprender también á amarlos. La moral en boca del maestro debe conservar la dignidad, la autoridad, la santidad, que son sus caracteres esenciales; pero debe también ser elocuente, persuasiva, y anunciarse al niño como una madre tierna é indulgente.

»El imperio del deber se extiende al corazón y á las acciones, y es esencial que se acostumbre el niño á reconocerlo y seguirlo en estas dos regiones: la obediencia puramente exterior no satisface la conciencia, porque no basta admirar interiormente el bien si no se tiene ánimo bastante para cumplirlo.»

Sentadas estas máximas, haremos aplicación de ellas á la enseñanza, ó más bien al cumplimiento de algunos deberes, escogiendo los que se practique más comúnmente en las escuelas, y sean más necesarios para su buen régimen y gobierno, con lo cual no nos separaremos del objeto que nos hemos propuesto; es decir, que nuestro trabajo tenga en todo un carácter esencialmente práctico. Los deberes de que vamos á hablar son la obediencia y la veracidad, porque ambos son tan importantes para la educación, como el estudio para los adelantamientos en la enseñanza. Acostumbrando á los niños á estos deberes con respecto al maestro y á sus mismos compañeros, se les habitúa á practicarlos con sus padres y las demás personas; y por eso, aunque nos refiramos precisamente al maestro, no debe descuidar éste el hacer uso de los mismos medios para que sus discípulos sean obedientes y sinceros con todos. No siendo así, hará

practicar estos deberes por su propia conveniencia, y esto sería contrario á lo manifestado anteriormente; bien que el niño que se habitúa á cumplir sus deberes para con un individuo, si los cumple con sinceridad, está dispuesto á cumplirlos con cualquiera otro, porque no obra por fines interesados ni injustos.

La obediencia puede ser exterior ó interior, ú obediencia aparente y obediencia voluntaria ó del corazón. La primera consiste en ejecutar lo que se manda y no hacer lo que se prohíbe, sin otro móvil que el de sustraerse á las reconvenciones ó al castigo impuesto al desobediente. La voluntaria, en ejecutar pronto y sin repugnancia, aunque cueste trabajo, lo que se manda, ó privarse con gusto de hacer lo que se prohíbe, aunque de su ejecución debiese resultar placer. La obediencia exterior es una obediencia servil: la interior, una virtud.

La obediencia exterior, fundada en el temor ó en la fuerza, no tiene mérito alguno considerada moralmente, pues que no es más que el arreglo de las palabras y las acciones en conformidad con lo que se manda, permaneciendo rebelde la voluntad. Tampoco basta esta obediencia para el buen orden y disciplina de las escuelas, porque en el momento que cesa el temor, en el momento que puede sustraerse el niño de la vista del maestro, no hay consideración alguna que le contenga, y se deja llevar desde luego de sus malas inclinaciones: suelta el libro de la mano, cediendo á su inclinación á la pereza; distrae á sus compañeros para satisfacer su propensión á jugar, interrumpe el silencio tan necesario en la clase para el estudio, y transforma el orden establecido, por más que tenga á la vista el reglamento de la escuela que dispone la conducta que deben observar todos los alumnos, y por más que recuerde las órdenes del maestro dirigidas al mismo objeto. A más de esto, el niño que obedece por cualquiera consideración que no sea el convencimiento de su deber, se hace el distraído cuando se le manda alguna cosa, aparenta no haber comprendido el mandato, y cuando lo ejecuta lo hace con lentitud, con el disgusto pintado en el rostro, como protestando contra lo mismo que está haciendo. Claro es, pues, que los maestros que se contentan con que sus discípulos les obedezcan por temor, no conseguirán nunca conservar la disciplina, y que cuando no fuese por habituarlos á cumplir con un deber moral, por su propia comodidad y por los progresos en la enseñanza debieran cuidar de inculcar á los niños la obediencia voluntaria.

Para habituar al niño á esta obediencia no debe mandársele ni prohibírsele sino lo que sea justo y razonable, ni multiplicar las órdenes y mandatos. Las disposiciones del maestro para la conservación del orden y los progresos de la enseñanza las comprenden los niños mucho mejor de lo que se cree, y convencidos de su utilidad las cumplen con gusto, porque hay en ellos una disposición natural al orden y desean adelantar en sus estudios, cuando el profesor sabe dirigirlos. Si hay disposiciones cuyo objeto ni está al alcance de los niños, ni es conveniente



explicarlo, acostumbrados á ver la conveniencia de las que pueden comprender, las acatan todas, persuadidos de que han de conducir á su propio bien, y se habitúan de esta manera á la obediencia, ciega en un principio y razonada después. La multitud de mandatos y prohibiciones embaraza á los niños y los aterra, porque unas órdenes les hacen olvidar las otras, y se desaniman creyéndose demasiado débiles para cumplirlas todas. Cuanto menos habituados estén á la obediencia debe exigirseles menos; se empieza por poco mandándoles lo que tengan menos repugnancia en cumplir, para obligarles más tarde á ejecutar gradualmente lo que antes repugnaban, y por último, á conformarse con gusto y buena voluntad al reglamento de la escuela y á todo lo que se prescriba. Cuando el maestro quiere hacer continuamente alarde de su autoridad, llegan á imaginarse los discípulos que se propone únicamente hacer sentir la superioridad que ejerce sobre ellos, cuya idea les disgusta y los inclina á la desobediencia. Conviene, por tanto, que antes de mandar alguna cosa se reflexione, siempre que haya tiempo para ello, sobre la utilidad y oportunidad de ella, y si los niños se hallan con fuerzas bastantes para su cumplimiento.

Persuadido el maestro de la justicia y conveniencia de una orden, debe formularla con claridad y precisión, y exigir puntualmente su observancia. Nunca debe permitirse á los niños que duden ó aparenten dudar de lo que se les manda por no haber comprendido los términos del mandato: cuando el maestro advierta que á pesar de la precisión y sencillez con que se expresa no le entienden, repetirá la orden con las aclaraciones necesarias hasta que no pueda alegarse ignorancia de ningún género, y habituará á los discípulos á que le propongan las dudas que se les ofrezcan acerca de su inteligencia. Una vez explicado el sentido, es menester que no se advierta indiferencia en la vigilancia de su cumplimiento, y mucho menos que la olvide el maestro; antes por el contrario, conviene recordarla cuando por distracción ó ligereza la descuidan los niños, reproduciéndola por medio de expresiones que indiquen que no es una nueva prescripción, sino el recuerdo de lo que ya se ha hecho antes: así se les quita el pretexto de decir que la habían olvidado, con el cual se excusan muchas veces de las faltas que cometen. Hay niños que se atreven á poner en duda la utilidad ó conveniencia de lo que se les manda ó prohíbe, y que quieren apreciar los motivos en que se funda. Esto proviene por lo común de la poca confianza que ha sabido inspirarles el maestro, y de la volubilidad que manifiesta disponiendo primero una cosa y luego la contraria, acaso sin dejar tiempo para ejecutar ni la una ni la otra. Cuando esta sea la causa, el remedio se halla en manos del profesor, porque depende de su propia conducta; y cuando provenga del carácter del niño ó de otro motivo cualquiera, creemos conveniente explicar alguna vez, si el asunto lo permite, la razón en que se fundan sus disposiciones y la utilidad que ha de seguirse de su cumplimiento, con tal de que no advierta el discípulo que esto se hace cediendo á sus

exigencias, porque entonces se rebajaría la autoridad del profesor, alentándose la desobediencia.

Observando las reglas expresadas se habitúa el niño al cumplimiento de este deber, si no ha sido descuidada su educación. Si por culpa de los padres ó de los maestros ha adquirido el vicio contrario, entonces se necesitan mayores esfuerzos, porque debe destruirse primero este vicio atacándolo en su origen, es decir, separando la causa de que procede.

La desobediencia puede ser meditada ó irreflexiva. Esta última no lleva en sí misma un carácter de malignidad, ni las faltas á que suele dar origen son de grande trascendencia. Proviene de la distracción, y se corrige fácilmente haciendo advertir al niño su ligereza é inspirándole un temor saludable, castigando las faltas que cometa, no tanto por su gravedad, cuanto para obligarle á enterarse de lo que está mandado y prohibido. La desobediencia meditada ó reflexiva, que consiste en ejecutar á sabiendas y con discernimiento lo que está prohibido, ó en dejar de cumplir lo que está mandado, es culpable en sí misma, y la que propiamente se llama desobediencia. Rara vez se manifiesta de una manera formal y terminante entre los niños, porque no tienen éstos suficiente valor y decisión para rebelarse en presencia del profesor que conserve alguna autoridad, por insignificante que sea; pero no por eso es menos peligrosa. Sin oponerse directamente á lo que se les manda ó prohíbe, lo eluden aparentando cumplirlo, y al mismo tiempo que engañan al profesor se habitúan á la doblez y al disimulo. Esta es, pues, la desobediencia que debe combatirse eficazmente, no perdonando ni aun las más ligeras faltas, pues que de las ligeras se pasa á las graves, y cuanto menor es la falta más fácilmente pudiera evitarse; á más que la desobediencia es siempre una falta grave.

La desobediencia irreflexiva proviene á veces de no pensar más que en el momento presente, sin cuidarse del porvenir; disposición muy común en la infancia. Saben bien los niños que tienen obligación de estudiar las lecciones ó de asistir á la escuela; pero ocurre una diversión durante el tiempo que han de dedicarse á estas ocupaciones, y luchando entre cumplir sus deberes ó disfrutar del placer que se les proporciona, disminuyendo á sus ojos la gravedad de la falta, ó imaginándose que podrá pasar inadvertida, se deciden al fin por lo que les halaga. No teniendo otra causa la desobediencia, basta para corregirla hacerles reflexionar sobre sus consecuencias y la gravedad de la falta cometida. El niño ha obrado mal por la ligereza, por ocultarse la verdad á sí mismo; de consiguiente, el remedio consiste en presentársela en toda su desnudez, despojándola de los sofismas con que ha tratado de obscurecerla. Más difícilmente se corrige cuando es efecto de la debilidad de carácter, y cuando proviene de orgullo y vanidad. Algunos niños temen más las burlas del profesor, y se dejan llevar insensiblemente del mal ejemplo, á pesar de la voz de su conciencia; mientras que otros se oponen por orgullo á lo que se les manda



en la escuela, y creyendo hacer su voluntad, imitan la mala conducta de algunos discípulos, plegándose á las más caprichosas exigencias. Aunque los efectos de la desobediencia en estos niños sean los mismos, las causas que dan lugar á ella son diversas, y deben serlo también los medios de corrección. A los de carácter débil se les corrige fortaleciendo su voluntad, haciéndoles resolverse á obrar por sí mismos; y á los de carácter orgulloso y vano, haciéndoles conocer la diferencia que existe entre el orgullo y la firmeza de carácter, y que también la obediencia exige valor y decisión en ciertas ocasiones. Idénticos medios pueden emplearse cuando desobedecen los niños por hacer alarde de oponerse á lo que se les manda, añadiendo además los que le dicte al maestro su prudencia, para hacer ver que estos alardes de indocilidad son una vanidad ridícula.

Siendo diversas las causas de la desobediencia, como hemos visto, conviene adoptar distintas disposiciones para combatirla; pero esto no quita el apelar al sentimiento del deber y á la conciencia de los niños para desarraigar este vicio tan perjudicial á la educación y de tan graves consecuencias en todas las épocas de la vida. Cualquiera que sea el motivo de que proceda, el sentimiento del deber y el deseo de agradar á Dios es un medio eficaz de corregirlo, el cual lleva en sí mismo un carácter eminentemente moral y religioso. El maestro debe hacer comprender á los niños cuán honroso es el sacrificio de su propia voluntad por someterse á la de sus superiores; cuán digno es de estimación y cuán meritorio despojarse de sus propios pensamientos, á que ninguna fuerza humana puede obligarles, para adoptar los pensamientos de las personas que los aman, haciendo recto uso de su libertad, sin más testigos que el testimonio de su conciencia. Puede hacerles ver que la obediencia pronta y agradable inspira á los padres y á los maestros una dulce satisfacción, y les paga en cierto modo las fatigas y desvelos empleados en educarlos, mientras que los niños desobedientes les causan mil disgustos y desazones, y los obligan á emplear con ellos medios de rigor, porque la indulgencia no serviría sino para comprometerlos á caer en mil peligros y cometer muchas faltas. Por último, explicando el maestro que la desobediencia no consiste más que en anteponer á ciencia cierta lo que es malo á lo que es bueno, dejándose arrastrar al principio por sus malas inclinaciones, podrá exponer las ventajas de la obediencia, y los favores y bendiciones que por su medio alcanzarán del mismo Dios.

La sinceridad de los niños como medio de disciplina, es tan importante como la obediencia; y como deber moral, es de una influencia inmensa en nuestra conducta. El hábito de faltar á la verdad conduce muy pronto á la hipocresía y á los vicios más vergonzosos; porque no solamente nos hacen faltar á la buena fe en nuestras relaciones con los demás hombres, sino que nos faltamos á nosotros mismos ocultando la verdad á nuestros ojos y ahogando la voz de la conciencia. Suele decirse de uno que miente con serenidad, que él mismo se cree lo que inventa;

y esto es muy exacto, porque acostumbrado á desfigurar los hechos, llega á hacerse ilusión á sí mismo. Afortunadamente, el amor á la verdad es un sentimiento innato en el hombre, inseparable del candor y la pureza de los niños. Antes que pierdan estas cualidades nunca mienten; y aun cuando las hayamos perdido, y á pesar de los ejemplos que estamos presenciando á cada instante, hallamos en la veracidad y la franqueza un no sé qué de santo y respetable que nos obliga á amarla, al paso que la mentira nos indigna y nos horroriza cuando la descubrimos en los otros; y cuando mentimos, nosotros mismos nos avergonzamos si no hemos contraído el hábito de mentir.

Dotado el niño de candor é ingenuidad en sus primeros años, no tienen que hacer los maestros grandes esfuerzos para conservar el amor á la verdad. Bástales secundar la misma disposición de la naturaleza; y así será fácil pasar del sentimiento al deber, inculcándolo en el ánimo de los discípulos. Mas sea por descuido, ó por lo que quiera, se acostumbran éstos á mentir desde muy pronto; y conviene, por tanto, estudiar las causas que suelen dar origen á este mal hábito, para combatirlo, antes que eche raíces profundas.

La mentira, así como la desobediencia, puede ser irreflexiva ó deliberada. Por turbación ó por ligereza hablan á veces los niños sin saber lo que dicen y sin meditar el significado de las palabras. En este caso puede decirse que mienten sin querer, y la corrección de esta falta se reduce á hacerles reflexionar sobre lo que han dicho y la poca exactitud entre sus pensamientos y sus palabras. Cuando la mentira es meditada, es decir, cuando se expresa lo contrario de lo que se siente, el mal es de mayor gravedad, porque el hábito hace contraer un vicio vergonzoso en sí mismo y perjudicial en sus consecuencias, tanto al que ha sido presa de él como á los demás hombres. No debe perdonarse esfuerzo alguno para destruirlo; mas conviene tener presente que no es el mejor medio exagerar su gravedad, como lo hacen muchas personas. Decir á los niños que un mentiroso es más malvado que un ladrón ó un asesino, es fomentar la mentira con el ejemplo, porque por débil que sea la razón del niño no puede creerlo. Para pintar este vicio con los horrores más repugnantes no se necesita hacer tales comparaciones, que acaso podían debilitar el sentimiento de horror que deben inspirar otros vicios.

Generalmente empiezan á mentir los niños por disimular sus faltas y por conseguir lo que desean ó evitar lo que temen. Su misma ligereza y su escasa experiencia dejan descubrir muy pronto el motivo que les induce á mentir, é indican al maestro la conducta que debe observar para destruir el vicio. Una vigilancia activa y eficaz y el castigo del mentiroso es el medio más seguro de atacar la mentira. Al que miente por aparecer superior á sus condiscípulos, por obtener premios ó por alcanzar alguna otra cosa á que aspira, nada le corrige tan pronto como el desengaño de la ineficacia de los recursos de que hace uso; el que miente por evitar el castigo, no puede llevar lección más



provechosa que el sufrir doble pena por la falta que trataba de excusar y por la mentira de que se ha valido.

Aunque el maestro debe descubrir la mentira por todos los medios justos, es indispensable proceder con mucha prudencia para no contribuir él mismo á que se repita. Cuando hay motivos para creer que un niño ha cometido una falta que trata de ocultar, no conviene preguntarle con tono brusco y severo, porque aunque estuviese dispuesto á confesarla, la negaría por temor. Para que sea ingenuo es preciso tratarle con dulzura, presentando á sus ojos las funestas consecuencias de la mentira. Así es como se logrará el objeto que el maestro se propone; y si este medio no diese resultado alguno, es preferible dejar impune por algún tiempo la falta, á obligar al niño á cometer otra, negando la verdad. La indiscreción é imprudencia de los niños no les permite callar nada, y refiriendo su falta á los amigos ó compañeros, pasa de unos á otros, y llega por último á oídos del profesor, quien entonces puede poner el remedio oportuno sin temor de separarse de la justicia en el castigo que imponga, ni tomar medidas desacertadas para reprimir el mal hábito contraído por el niño.

Si á estos medios se agregan explicaciones sencillas y agradables, anécdotas curiosas é instructivas que hacen resaltar la nobleza y preeminencia de la verdad y las fatales consecuencias de la mentira; si se hace comprender que el que ama la verdad obedece la ley de Dios y es objeto de su amor, es seguro que los niños detestarán la mentira y la mirarán con aversión.

Cuando los maestros hayan logrado inculcar á los niños el amor á la obediencia y á la sinceridad, habrán dado ya un gran paso para su educación, y habrán sentado las bases de la disciplina de la escuela; porque la aplicación, el orden y el silencio se introducirán por sí mismos, y cada día irá en aumento la confianza de sus discípulos.

## § VI.

### Voluntad y carácter.

Dirigir la voluntad hacia el bien por medio de la cultura del sentimiento y de la razón, sometiéndola á la ley del deber, de conformidad con las inspiraciones de la conciencia, es el fin á que tiende la educación moral. Los procedimientos conducentes á este fin, quedan expuestos en los párrafos anteriores acerca de los instintos, de los sentimientos, de la conciencia y de los deberes morales. Completaremos ahora este estudio ampliando algunas ideas para apreciar el carácter.

Como hemos visto, los primeros movimientos de la voluntad son instintivos, indeliberados, obedecen á impulsos pasajeros. El niño recibe impresiones de placer ó de dolor, investiga la causa y pone en juego su actividad para apoderarse de lo que le agrada y rechazar lo que le disgusta; actos realmente distin-

tos; pero que se verifican ó se suceden con tal rapidez que parecen un solo acto. Su debilidad y sus necesidades le obligan á someterse á la protección de los mayores, ó cuidados ajenos, de donde nace la confianza en los superiores y la idea de la autoridad; idea que se aclara y fortalece con el sentimiento moral desarrollado gradualmente hasta sobreponerse al instinto. El niño ama á los que le protegen con sus cuidados y le manifiestan amor y cariño, imita lo que ve ejecutar, cree lo que se le dice y aun obedece lo que se le manda. Hasta aquí, sus actos carecen de responsabilidad, mas no por eso deben desatenderse porque envuelven el germen de inclinaciones que conviene favorecer ó modificar en su origen, con el ejemplo, con la autoridad y con direcciones especiales.

Al llegar á la edad de la razón, cuando distinguimos el bien del mal, lo justo de lo injusto, cuando la conciencia nos ilumina acerca de nuestros actos, entonces es ocasión de transformar en actos reflexivos, en virtudes, las disposiciones cultivadas antes como inclinaciones y sentimientos, porque la voluntad cambia de naturaleza y de principio, porque entonces comienza la libre determinación.

Pero desde la niñez y sobre todo desde el uso de la razón, la voluntad, sin perjuicio de la atención que requiere para dirigirla al bien, ha de tener campo suficiente en que ejercitarse; porque, como todas las facultades humanas, se desarrolla con el ejercicio.

Como la voluntad es libre, podemos elegir entre el bien y el mal, entre los apetitos materiales y groseros y las elevadas inspiraciones que nos encaminan á nuestro inmortal destino, conforme á la ley natural y á la revelada. En todo caso, la decisión es el resultado de la conformidad de dos elementos: el deseo y la conveniencia de realizar lo deseado. Cuando estos dos elementos se manifiestan de una manera clara, distinta y bien determinada, la voluntad es fuerte; en otro caso nace la duda y la indecisión. Faltando uno de los dos expresados elementos, no hay voluntad.

Infiérese de aquí que el poder de la voluntad ha de ser en extremo variable. En unos la voluntad es fuerte, enérgica, violenta, tenaz y persistente; en otros, por el contrario, es débil inconstante, pasajera. Mientras que unos se desalientan y detienen ante los obstáculos, otros se irritan y se obstinan en vencerlos, aunque persuadidos de que sea un mal. Pero la fuerza de voluntad no consiste ni en la prontitud, ni en la persistencia de la decisión, sino en la conformidad con lo que aconseja la razón y la conciencia.

Cuando la voluntad cede fácilmente á unos mismos deseos, se convierten éstos en inclinaciones que nos impulsan, tanto al bien como al mal, y que si son tan vivos é intensos que conmueven el alma y nos impulsan fuertemente á determinados objetos, se denominan pasiones. Hay nobles pasiones que hacen más profundos nuestros buenos sentimientos y más enérgica la resolución de obrar bien; pero así y todo, necesitan



dirigirse y aun refrenarse, porque la experiencia enseña que á veces nos perturban y tiranizan. Las pasiones que privándonos del dominio sobre nosotros mismos nos impulsan á acciones y objetos repugnantes, son verdaderas enfermedades del alma que á toda costa debemos combatir. Las pasiones, «en cuanto se conservan puras, dice Chateaubriand, están bajo la salvaguardia de los ángeles; desde el momento en que se corrompen, se someten al imperio del demonio.»

Las inclinaciones se convierten en hábitos á fuerza de repetir frecuentemente y con regularidad actos de una misma especie. Como los movimientos corporales, inseguros y penosos en un principio, se facilitan y perfeccionan con la repetición, de la propia manera los actos superiores de la voluntad, los que afectan á la inteligencia y al corazón, requieren menos esfuerzos á medida que se repiten. Consiste por tanto el hábito, de tan grande y trascendental influencia en la educación y en la vida, en la facilidad para ejecutar los actos ya repetidos; de suerte que viene á ser una inclinación fortalecida por el ejercicio, que es la ley á que está sujeto el desarrollo del cuerpo, como el desenvolvimiento de las facultades superiores del hombre. Aunque en los actos habituales la voluntad parece débil, de ella depende la formación de los hábitos; y como los de la niñez, de igual modo que las primeras impresiones, son difíciles de desarraigar, es preciso disciplinarlos en su origen. Los hábitos morales, producto de la dirección de la voluntad hacia el bien, conducen á la virtud, la cual, sin embargo, para que merezca propiamente este nombre, supone previa reflexión y lucha contra las malas tentaciones y desordenados apetitos, y fuerza de voluntad y perseverancia para vencerlos y dominarse á sí mismo.

El conjunto de los hábitos intelectuales y morales ó la manera habitual de sentir, de pensar y de querer, distingue á unos individuos de otros y forma el carácter de cada uno. Si influyen en estos hábitos disposiciones naturales que se manifiestan desde los primeros años de la vida, son en definitiva resultado de esfuerzos individuales impulsados por la educación y la experiencia. Entiéndese, sin embargo, ordinariamente por carácter la fuerza de voluntad para dominar los impulsos al mal, vencer las malas pasiones y obrar con rectitud, marchando siempre por la senda del deber. Para esto son elementos indispensables, firmeza, perseveración y actividad.

Con los expresados elementos se adquieren hábitos morales que forman el *carácter moral*, no menos provechoso al individuo que á la sociedad en que ha de vivir. Cuando falta alguno de ellos y no se camina hacia el bien á pesar de todas las contrariedades, el carácter es *débil*; cuando sólo se fomentan y sostienen determinadas inclinaciones y los hábitos que de ellas resultan, el carácter es *parcial*. La fuerza de voluntad supone independencia; pero cuando se exagera esta independencia hasta el punto de faltar á las consideraciones debidas á los demás, desoyendo advertencias y consejos, se convierte en obs-

tinación y terquedad. Del mayor ó menor desarrollo de tales elementos, proviene la variedad de caracteres, como tranquilo y apasionado, resuelto é irresoluto, modesto y orgulloso, activo y perezoso, tímido y atrevido, sociable y uraño, etc., etc. De igual causa procede la falta de carácter, desgraciadamente tan común en nuestros días, y que consiste en inclinarse indistintamente á la derecha ó á la izquierda, y en querer igualar lo grande con lo mezquino é insignificante, en pretender conciliar las cosas más contradictorias, en adular á todo el mundo, interviniendo en diversos asuntos sin atreverse á decidir en los que ofrecen dificultades.

Para formar el carácter, es por tanto indispensable dirigir y ejercitar la voluntad en armonía con el desarrollo de todas las facultades; excitando y fortaleciendo las inclinaciones en sentido moral, rectificando los juicios equivocados acerca de lo legítimo é ilegítimo, de lo justo é injusto; inculcando ideas máximas morales, por medio del ejemplo, la enseñanza y la experiencia, y sobre todo, haciendo comprender y sentir la ley absoluta de moralidad, la única capaz de hacernos distinguir claramente el bien; es decir, la ley que emana de Dios, ley grabada en nuestro corazón, y con el fin de que no pueda obscurecerse, revelada además por Dios mismo.